

Érase una vez un hombre que no creía en Dios...
Su mujer, en cambio, criaba a sus hijos en la fe en Dios, a pesar de los comentarios desdeñosos de su marido. Vivían felices en el campo.

Era nochebueba, estaba nevando; la esposa se disponía a llevar a los hijos a la misa del gallo, pero él se negó.
¡Qué tonterías! ¿Por qué Dios se iba a rebajar a descender a la Tierra adoptando la forma de hombre? ¡Qué ridiculez!
- pensaba.
Los niños y la esposa se marcharon y él se quedó descansando junto a la chimenea.

Al cabo de un rato, oyó un gran golpe; algo había golpeado la ventana. Se aventuró a salir para averiguar qué la había golpeado.
Descubrió una bandada de gansos salvajes. Por lo visto iban camino al sur para pasar allí el invierno, y se vieron sorprendidos por la tormenta de nieve y no pudieron seguir. Perdidos, terminaron en aquella finca sin alimento ni abrigo. Daban aletazos y volaban bajo en círculos por el campo, cegados por la borrasca, sin seguir un rumbo fijo. El agricultor dedujo que una de aquellas aves habían chocado con su ventana.

Sintió lástima y quiso ayudarlos.
Dirigiéndose al establo, abrió las puertas de par en par. Luego, observó con la esperanza de que las aves advirtieran que estaba abierto y entraran. Los gansos, no obstante, se limitaron a revolotear dando vueltas. No parecía que se hubieran dado cuenta siquiera de la existencia del granero y de lo que podría significar en sus circunstancias. El hombre intentó llamar la atención de las aves, pero solo consiguió asustarlas y que se alejaran más.

Entró a la casa y salió con algo de pan. Lo fue partiendo en pedazos y dejando un rastro. Sin embargo, los gansos no entendieron.
El hombre empezó a sentir frustración. Corrió tras ellos tratando de ahuyentarlos en dirección al granero. Lo único que consiguió fue asustarlos más. Por mucho que lo

intentaba, no conseguía que entraran al granero, donde estarían abrigados y seguros.

Reflexionando, cayó en la cuenta de que las aves no seguirían a un ser humano.

Se le ocurrió una idea. Entró al establo, agarró un ganso doméstico de su propiedad y lo llevó en brazos, paseándolo entre sus congéneres salvajes. A continuación, lo soltó, y se fue directamente al interior del establo. Una por una, las otras aves lo siguieron hasta que todas estuvieron a salvo.

El campesino se quedó en silencio por un momento, mientras las palabras que había mascullado hacía unos instantes aún le resonaban en la cabeza:

-Si yo fuera uno de ellos, ¡entonces sí que podría salvarlos! Reflexionó luego en lo que le había dicho a su mujer aquel día:

-¿Por qué iba Dios a querer ser como nosotros? ¡Qué ridiculez!

De pronto, todo empezó a cobrar sentido. Entendió que eso era precisamente lo que había hecho Dios en la Navidad.

Diríase que nosotros éramos como aquellos gansos: estábamos ciegos, perdidos y a punto de perecer. Dios hizo que Su Hijo se volviera como nosotros a fin de indicarnos el camino y, por consiguiente, salvarnos.

Cuando amainaron los vientos y cesó la cegadora nevada, su alma quedó en quietud y meditó en tan maravillosa idea. De pronto comprendió el sentido de la Navidad y por qué había venido Cristo a la Tierra. Junto con aquella tormenta, se disiparon años de incredulidad. Hincándose de rodillas en la nieve, elevó su primera plegaria: ¡Gracias, Señor, por venir en forma humana a sacarme de la tormenta!